

Avances victoriosos en dos sectores del frente asturiano

EN EL ORIENTAL SE OCUPÓ EL PUEBLO DE MAZUCO Y ALGUNAS ALTURAS ESTRATÉGICAS

el frente leonés se ha llegado hasta las estribaciones de Celleros, tomándose Villar del Puerto y la Vega de Cervera

En Aragón, una hábil maniobra envolvente de nuestras fuerzas causa al enemigo más de trescientos muertos

**LA CONFERENCIA DE NYON
HA ADOPTADO YA
SUS RESOLUCIONES**

Sin reconocerse beligerancia a ninguno de los contendientes, se establece un régimen de control que asumen virtualmente Inglaterra y Francia

GINEBRA. — A las doce y media de esta tarde se ha firmado definitivamente el convenio sobre el Mediterráneo por las nueve Potencias que han sido representadas en esta Conferencia. Rusia y Turquía enviaron su conformidad en el día de ayer. La aprobación de este convenio ha sido unánime, sin que ninguna de las Potencias signatarias haya hecho objeción o reparo alguno, sobre la forma en que ya había quedado redactado.

Como se sabe, en virtud de este convenio, que ya ha adquirido fuerza de Ley, los buques de guerra participantes en la vigilancia podrán atacar y hundir a los submarinos presuntos agresores, en la zona en aquél estipulada. A ninguno de los bandos que pelean en España se le concede los derechos de beligerante.

El texto de este Convenio, bastante largo, contiene un preámbulo en el que se habla del desprecio absoluto en que en estos últimos tiempos se tenía al Derecho Internacional y a sus normas más fundamentales. Entre los apartados de que consta este Convenio, se destacan por su importancia los siguientes:

1.° Las Potencias signatarias del convenio de Nyon, para la vigilancia del Mediterráneo, se comprometen a prestar, por medio de sus fuerzas navales, ayuda y protección a todos los buques que lo soliciten, sea cual fuere su nacionalidad, mientras

2.º: Todo submarino cuya navegación no se adapta estrictamente al Convenio Naval de Londres, de 22 de agosto de 1930, renovado por el acuerdo de 19 de noviembre de 1935, será considerado pirata, y por tanto,

podrá ser atacado y, a ser posible, hundido.

2.º. Todo submarino cuya proximidad a buques mercantes o de guerra delate la intención de atacar a estas naves, podrá ser también atacado y hundido.

Respecto a las zonas en que quedan dividido y organizado este servicio de vigilancia de las rutas del Mediterráneo se dispone principalmente:

1.ª Las rutas comprendidas en el Mediterráneo Occidental hasta Malá, quedarán bajo la vigilancia de las escuadras de Francia y Gran Bretaña; según el reparto que esas naciones acuerden entre sí.

N.º 12 Mediterráneo Oriental, excepto las rutas de alta mar y las del mar Adriático, será vigilado por el distrito de Patencia, cada una de las cuales se ocupará de la policía aritmética de sus respectivas aguas territoriales. Las rutas de alta mar serán también bajo el control y vigilancia de las flotas británica y



DE LOS

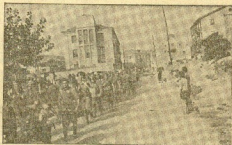
U.S. Las Potencias signatarias del convenio se comprometen a demostrar a los buques de sus aliados los derechos de protección en tiempos de guerra, y evitar agresiones por parte de éstos, con motivaciones posibles confusiones.

Después de la firma de este acuerdo por la nueva República, celebrada en la Conferencia de Relaciones Exteriores Iván Delbos, ha pronunciado un corto discurso.

M. Delbos ha dicho: "Gracias a la buena voluntad y colaboración de los delegados asistentes a la Conferencia de Relaciones Exteriores general, ha sido posible llegar a un acuerdo que, por la paz que ha sido conseguida, es una garantía de éxito. El acuerdo será puesto inmediatamente en ejecución, esperando, mis amigos, el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos para el acuerdo, de modo que en la práctica se asegure la libertad de navegación por el Mar del Mediterráneo."

de Delibes ha añadido que los
sios al deslucido habrán pda
a cuenta de que cuando in
a la buena voluntad y la c
idad de intereses, fortuame
tiano que llegase a un acuer
positivos resultados.

sigue en la página tercera)



En el resto del frente Urotoos sin consecuencias.

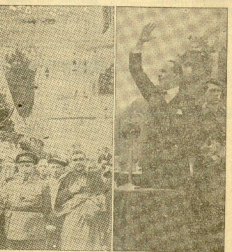
EJERCITO DEL CENTRO:

EJERCITO DEL CENTRO:

Cañoneros y tiradores sin importancia, presentándose un cabo, tres guardias civiles, dos milicianos, de ellos siete con armamento y ocho paba-

1908,
EJERCITO DEL SUR

Tirroleos en los distintos frentes,
sin consecuencias.



LOS SOLEMNES ACTOS DEL DOMINGO EN BILBAO

A la izquierda.—La venerada imagen de la Virgen de Begoña, es procesionalmente reintegrada al santuario de su nombre. La acompañan el Cardenal Gomá y las autoridades eclesiásticas y civiles.

A la derecha.—Don Esteban Bilbao, en un momento del discurso que pronunció con motivo de la solemnidad.

Con gran ímpetu continúa el avance de las fuerzas nacionales por Asturias

Nuestra aviación ha actuado magníficamente a pesar del mal tiempo. - Los rojos se batan a la desesperada, a sabiendas de la importancia decisiva de los combates de estos días.

(Crónica de nuestro corresponsal Martín de Castilla)

to de las comunicaciones.
Robla y Pola de Gerdón, ya
incorporada a España
allí en acción de nuestros

han llevado hoy objetivos
betan insuperables, pero
no fueron superados. En
de Mazuco, que quise re-
correr días, fué dominado de
hora por las alturas
y después, en una masi-
ciosa envoltura, por la
de la semina al Sur y al
tal forma, que la entra-
da lugar pudo hacerse sin
un tiro. Allí se habían
rojos, en fuga rápida
cantidad de material

...tos desde que comen-
zaron en las montañas
de la zona de la sierra.
Se es hote a la desespe-
ra es el de los mineros za-
nos predican la diáspora
de los mineros de la si-
de que se juegan la si-
y de que la pierden,
hombres no admiten ni
la posibilidad de que
y avanzan para veneci-
tores que en algunos
ofrece dificultades ex-
trañas, como la falta
del principio del fin
ciones juradas para que
de Asturias lleguen
salmos, la la sierra
por el impetu arrola-
ciones tropas, que em-
puja una marcha
sus conculaciones
muja de esas que a tres
distados que son los re-
sultados de la desorden
de los mineros, por
una de las regiones más
España y orgullo de

**pueblo de los
nancieros, de
prestamistas**

los especuladores y de los prestamistas

Ataque a la defensa de Carmelo

La llegada de las turbas a las puertas del convento. Organización de la defensa. - La encarnizada batalla en la escalera. - La angustiosa situación de los presos de la planta baja. - Las supuestas bombas de mano. - Tres presos despedazados por las hordas rojas. - Los asaltantes acuerdan incendiar el Carmelo

Por PEDRO SANCHEZ

II EL ATAQUE

El Carmelo es un edificio compuesto de planta baja y dos pisos. Abajo había en una sala unos doscientos presos. En el piso intermedio, cerca de la escalera. Y en el de arriba, el resto. Este último piso era conocido con el tónico nombre de "el alaiad", por su forma estrecha y alargada. En esta gran galería vivían hacinados los presos, en condiciones terribles en el suelo. El techo era tan bajo, que no podía andar sin agachar la cabeza.

En "el alaiad" había su cámara de comandante Escribano. A los primeros momentos de confusión y pánico, sucedió en seguida la calma.

—No cruza—dijo el comandante—que debemos defenderlos. Todo lo demás será inútil. Nos matarán como a perros.

Todos asintieron. Pero... ¿cómo defender? El comandante tenía entre los presos gran ascendencia por su brillante historial de guerra. Había sido herido dos veces en África. Tiene cuatro medallas de combates por la Patria. Seis accidentes de aviación. Está en posesión de los récords de altura y velocidad en España. Fue declarado dos veces héroe. En el momento de una guerra, le fue colocada una placa en platinillo, lo que era medalla para que los presos le gastaran con frecuencia bromas.

—Los rojos se enfurecen, comandante, de que tiene usted en la planta dos terror!

Todos confiaban en él y esperaban con impaciencia sus decisiones.

—Mi comandante, a sus órdenes. ¿Qué hacemos?

De la escalera venía cada vez con más estruendo el ruido de tiros y gritos. Sonaban golpes terribles contra las puertas de la entrada del prisión. Los cinco mil manifestantes habían roto ya la primera puerta y un grito de asombro resonaba en toda la casa.

—Esperad unos momentos—dijo Escribano a sus compañeros. Preharezse todos para lo que haya que hacer.

Saló a un descanso de la escalera para hacerse cargo de la situación. Los milicianos rodeaban la puerta del rascacielos. Habían formado ya la entrada y estaban por pasar al segundo piso. En una efímera pausa a uno de los lados del pasillo habían aprendido ya los cinco presos, a los que se agruparon en el alaiad.

Escribano comprobó que el alaiad era inminente. La puerta empezaba a ceder y de un momento a otro sobrevendría la invasión. Le causó verdadero espanto la situación de los presos de la planta baja, que eran los que más inquietos estaban a la intancia. El alaiad estaba vacío. No observó la presencia de ninguno de los guardias ni nadie que pudiera evitar la catástrofe.

Se volvió rápidamente.

LA DEFENSA

—¡Hay que defenderse—gritó a los otros. Como era, antes de que nos asesinen a todos.

—Pero si no tenemos armas, Escribano!

—¿Qué hay que armar los celeros a la escalera y allí, en el sótano, levantaron un verdadero parapeto.

Todos trabajaron febrilmente; pero según prensa de la misma inquietud angustiosa.

—¡Armas, ¡Armas! ¿Dónde están las armas?

—¡Buscad todo lo que encontréis por allí: hachos, palas, botellas... En un cuarto había unos cuantos alfileres de tuberías y herramientas que habían dejado los albañiles en una reforma que se hacía en el piso para habilitarlo para tan la gente. Escribano mandó destruir un tabique y formó un montón de ladrillos. Los presos se cogían a las palas para armar los barbetes y buscaban alívidamente medios de defenderse. Con todo lo que pudieron encontrar, se armaron quince o veinte.

Se reunieron una treintena de milicianos, en las que los familiares llevaban a los presos leche, vino y medicamentos. Escribano mandó que los llevaran de agua. Destinó a uno a cuidar a este servicio.

A furia de golpes y tiros, las turbas rompieron el rascacielos en lo que emplearon cerca de veinte minutos, y entraron en el zaguán. Tres presos de la planta baja, sorprendidos en el preciso momento de abrirse la puerta, se encontraron en un bocado de la escalera y desde allí presenciaron como otros espectadores los hechos que se iban a desarrollar ante sus ojos. Tuvieron la suerte de no ser advertidos, pero vieron los incidentes más dramáticos y emocionantes de sus vidas.

Los presos de la planta baja se encerraron en una gran sala y colocaron los colchones y las maderas tras la puerta. Allí, encerrados, esperaron los acontecimientos.

Hubo unos momentos de calma. Los rojos se detuvieron en el zaguán, indecisos, sin saber en qué forma iniciar un fuego vengativo. Iban conducidos por uno de los vigilantes de la cárcel. Los demás milicianos que estaban de guardia se abalanzaron al edificio y se colocaron en sus alrededores en servicio de vigilancia, por el alamo de los presos intentaban escapar por las ver-

tas. Los oficiales de la prisión desahagieron, creyendo más prudente inhibirse en los sangrientos sucesos.

LAS BOTELLAS

Los asaltantes quisieron también forzar la puerta de la sala de la planta baja. Todos sus esfuerzos eran inútiles. La importancia aumentaba su rabia.

—¡Arriba! ¡Arriba!—gritaron al poco—. Allí están casi todos.

Desde la escalera, parapetados en los colchones, hachos y siete presos más, contemplaban todos los movimientos de las turbas.

No movieron. No hacer nada hasta que ya lo ordenen—aconsejaron a los otros—. Es indispensable que no parta de nosotros la provocación. Preparad rápidamente las botellas.

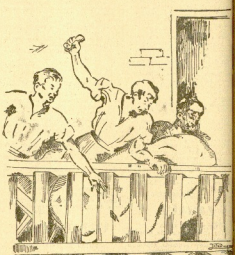
Cuando los milicianos habían estado cuatro o cinco segundos, creyó viendo el momento de empezar la defensa.

—¡Abra! ¡Vengan botellas!

Al lado mismo del rascacielos había un lavatorio, en cuyo grifo estaban fluyendo las botellas de agua, con el objeto de que pesaran más y fuese más fácil su acción.

Durante unos minutos se agitaron una verdadera batalla. Los rojos disparaban desde abajo sus fusiles y pistolas, yendo a mayoría de las balas a estancarse en los colchones. Los presos les lanzaron cuantas botellas podían. Escribano quería ahorrar municiones y no consentía que se gastasen precipitadamente.

Los presos se habían agitado extraordinariamente. Veían la eficacia del plan del comandante, pues los milicianos no conseguían avanzar. El propósito era no dejarlos llegar hasta el primer piso, donde estaban tantos compañeros en difícilísima situación. Estos habían también optado por permanecer. Para ellos no había posibilidad de defensa. Colocados entre dos fuegos, una salda desesperada no hacía sino compro-



El comandante Escribano decidió arrojarse botellas eléctricas sobre los asaltantes.

meter a los bravos que se defendían heroicamente desde el "alaiad". También ellos se prepararon a vender cara su vida y se armaron con lo que pudieron en espera de que llegara el momento de enfrentarse con los rojos. Desde un escritorio se alzó el grito. Los fusiles, las blasfemias, los ayes de los heridos, las detonaciones y el estruendo de las botellas se estruñaron.

Las bombas se desahagieron. Jamás habían pensado que encontrarían las bombas de mano para realizar sus siniestros propósitos. No les era posible avanzar. Por los intervalos de calma, escuchaban la voz asustada del comandante:

—No parareis una hora! Os ahogareis a todos, causales!

Arrojó alpaque y las descargas de hierro, latrines y botellas. Llegó a impresionar. Pero no cejaban en su empeño. Convinieron ya en su superioridad en gente y en medios estaban resueltos a consumar sus crímenes, en la seguridad de que ninguna otra fuerza que no fuera la detención de los presos había de oponerse a su paso.

"BOMBAS DE MANO"

Escribano debía llegar al momento en que se le agotarían las "municiones". De nada le serviría, al paase unos minutos, el haber recibido a sus hombres una extrema economía de ellas.

—¡Trasé todo lo que encontré! Pero ya no aparecen más que los ladrillos. Empieza a ceder el destino. Los tres arrojados por algunos de los milicianos agotaban las municiones, venían otros muchos a sustituirlos. La avalancha era cada vez mayor, así como también el ensandecimiento de los asaltantes, cuya furia aumentaba a medida que observaban una disminución de proyectiles sobre sus cabezas. Conquistaron avanzar algo más. Se luchaba por el dominio de un pedáneo, cuya posesión se convertía en griles de latido para los de abajo y en lamentaciones para los de la barranda.

Trasé las botellas. Dejé solamente alguna para no quedarme a oscuras—exclamó Escribano, que en el momento debía su puesto.

La resistencia funcionaba bien en el aprovisionamiento de material de guerra. A la vez del lado de los asaltantes presurosos y volvían rápidamente con lo que se les ordenaba.

Las primeras bombas arrojadas sobre la escalera, produjeron un

efecto descomulgante en los milicianos rojos, que hicieron rápidos movimientos. Las bombas iban hecho explosión de una en una alarmante.

—Los presos están armados! ¡Tienen bombas de mano!—exclamaron a vociferos llenos de los milicianos los asaltantes, al ser retrocedidos.

Dejaron escuadrilla desmoralizada. Encomenzó a caer en la planta inferior, al que sus compañeros, en el desmoronamiento y movimiento de los presos, tuvieron tiempo de retirar. Los tres se encerraron en el alaiad.

—¡Hay que salir con fuerza y matar!

—¡Matar!—gritaron—. Los presos tienen armas.

—¡Después que cubran, muchachos!—exclamaba triunfalmente el comandante, fingiendo estar en posesión de unos medios de los que se había en absoluto. Los tiros se agotaban.

Mientras algunos de los milicianos, fueron por los escapes y dinamita, el resto volvió a abrir el derribo de la puerta de la sala la planta baja. Como no venían de conseguirlo, se dirigieron a los presos en términos cortantes.

—¡Podéis salir con entera calma! Os prometemos la seguridad mientras viváis si seguís pidiéndonos fuego a la puerta morriais todos los días.

Ante la amenaza, los presos se dieron a conocer. Abrieron la puerta y salieron en dos y en tres.

Tan pronto fueron en su totalidad dos individuos que fueron en la barranda de creer se desahagieron. Los milicianos se apresuraron sobre ellos brutalmente y despedazaron. Hubo un forcejeo muy ruidoso, en brevedad dicho, en que los presos parecían de no en mano, hasta que los milicianos los desahagieron y los llevaron a los cuartos de los cuartos.

Al salir otros dos, uno de ellos se cayó de la barranda y se quedó espantado, sacando sin dudar la puerta.

Los rojos destruyeron a sangre la tercera de sus víctimas, pero no pudiese fuego a la puerta. Los milicianos se apresuraron a los cuartos. Todo el ruido que estaba se llenaron de espeso humo de dinamita. Los milicianos, como todos sus hermanos armados habían sido heridos. Además, el comandante había dejado otro al por salir.

